



* LA LECTURA PARA LOS NIÑOS *

LA PIEDRA DEL DESEO

Hace ya tantísimo tiempo que ocurrió lo que voy a relatar, que no existe ninguna persona en el mundo que tenga el menor recuerdo de aquellos lejanos días. A mí me contó la historia una vieja centenaria que a su vez la había oido a su abuela, una bruja que conocía infinidad de secretos, ignorados por el resto de los mortales. Esta bruja entendía el lenguaje de los gorriones y esta fué la causa de que un dia oyese decir a los gorriones de la vieja abadía, que era una fortuna que se hubiera perdido la piedra del deseo, que tanto daño había ocasionado. Esta es la historia verdadera de lo que ocurrió; se la contó un gorrión al hombre de piedra que adornaba la entrada de la abadía. El hombre de piedra sostenia el nido en la cuna de la mano y permanecía inmóvil, noche y dia, para no molestar a los jóvenes pajaritos.

—En un país muy lejano, comenzó a decir el gorrión, había un palacio sumptuoso rodeado de espléndidos jardines y en medio de estos hallábase una fuente. El agua subía muy alto, casi hasta las nubes y cuando caía en el recipiente, lo hacía formando una lluvia deslumbradora de perlas, brillantes y rubies. La fuente tenía además el privilegio de can-

tar y la melodiosa armonía que nacía de ella era algo que extasiaba y llenaba de asombro a las pobres criaturas que disfrutaban un instante de su incomparable música.

Para llegar al palacio era menester atravesar los jardines, cuyas puertas se hallaban constantemente abiertas, pues así lo quería la princesa que lo habitaba. Una de aquellas se llamaba la puerta de la Mañana y era por la que entraba la gente. Una vez traspuestos sus umbrales, los visitantes avanzaban por el paseo de las rosas hasta que llegaban al pie de la extraordinaria fuente. El aspecto de los jardines era tan sorprendente que todo el mundo se apresuraba a penetrar en ellos para visitarlos, pero el caso estupefundo era que ninguno de los que entraban volvía jamás a salir. Parecía que la tierra se los tragaba, nunca dejaban detrás de sí el menor vestigio.

Desde hacía mucho tiempo la piedra del deseo yacía al lado de la fuente—una enorme piedra blanca semejante a las de la vieja abadía.

La piedra estaba encantada y había sido colocada allí un príncipe dueño. Todo el que se sentaba en ella obtenía inmediatamente aquello que más deseaba, pero si por casualidad su deseo era egoista se veía con-

vertido instantáneamente en una piedra tan dura como el mármol, que el príncipe utilizaba para construir su palacio subterráneo.

Fué muchísima la gente que penetró en los jardines para no volver a salir jamás y este triste espectáculo enterneció profundamente a la princesa, que tenía un corazón de oro. Sin embargo, por más esfuerzos que hizo ella nunca pudo destruir el encanto o hacer que llevasen la piedra encantada lejos de sus dominios.

La última persona que se sentó en ella fué una joven pordiosera. Juntas conoció lo que era el bienestar y siempre se mostraba muy triste, sin que las abundantes ilusiones que le daban las personas caritativas lograsen calmar sus penas.

La pobre joven se sentó en la piedra entregada a negra meditación, cuando de repente sintió que dos pajaritos le decían quedamente en el oído: ¡Desea! ¡desea!

La joven miró entonces al azulado cielo y a la resplandeciente cascada de perlas, brillantes y rubies y —¡viví! a desear.

—Deseo que todos los enfermos y todos los que se encuentran solos en el mundo puedan venir y escuchar el armonioso canto de la fuente y el susurro melodioso de los árboles me-

cidos por la brisa.

—¡Desea! ¡desea! volvieron a decirle los pajaritos, y ella les obedeció.

Deseo que todos los niños pobres que tienen que trabajar penosamente todo el día y que jamás tienen tiempo para jugar, pudieran venir aquí para aspirar el aroma de las rosas y correr por estos espléndidos jardines.

—¡Desea! ¡desea! volvieron a decirle dulcemente los pajaritos, tan dulcemente que ella creyó que la voz salía de su propio corazón.

—Deseo que todos los viejos inválidos pudieran venir aquí y coger una rosa para recrearse con su aroma los días que les restan de vida.

No bien hubo expresado su último deseo tuvo que ponerse de pie, pues la piedra comenzó a hundirse lentamente en el suelo hasta que al fin desapareció sin dejar rastro alguno. La joven había roto el encanto al desear mucho para otros y nada para ella.

El gorrión dejó de hablar, pero el hombre de piedra no pronunció ninguna palabra, sin que hasta ahora se haya sabido jamás qué es lo que opinaba de la pobre joven que pensaba en los males de sus semejantes y no en los suyos.

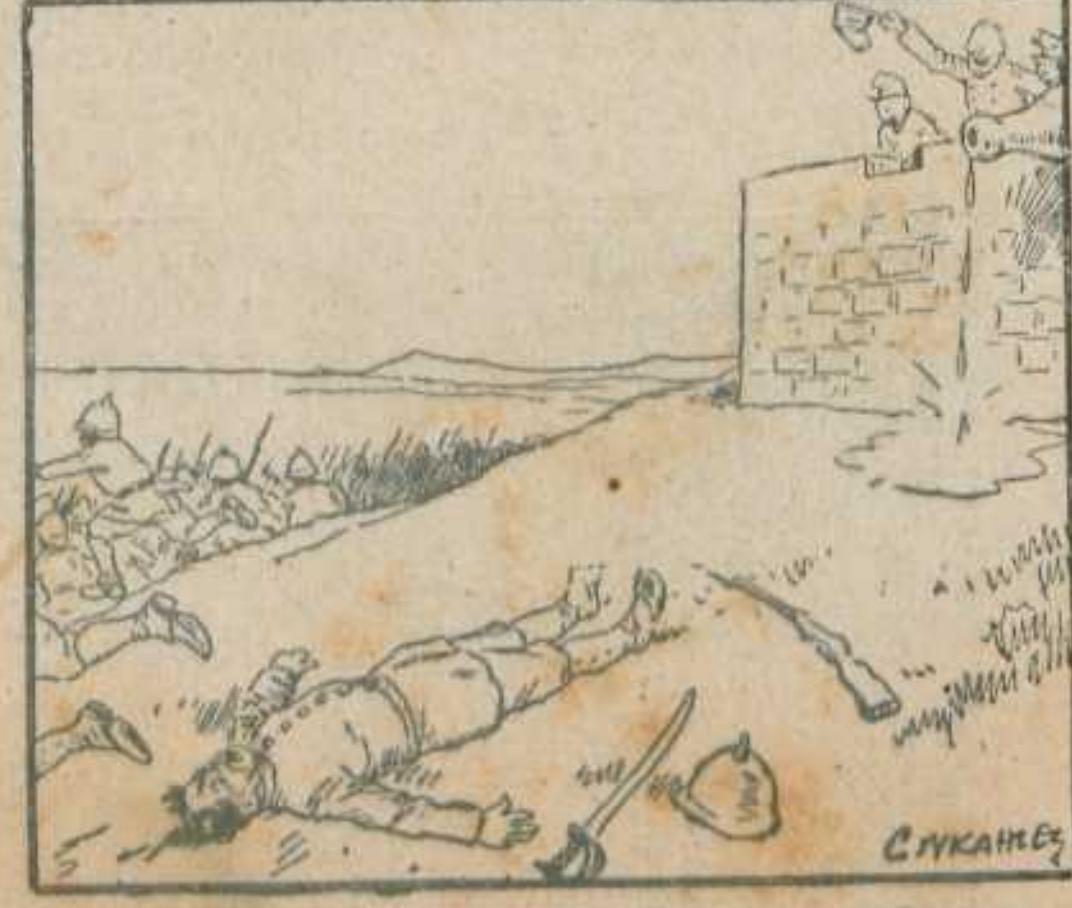
Las aventuras del Capitán Verdades



Nunca me podré olvidar de cuando estuve sitiado en el castillo de las Amarguras. Nuestras municiones y víveres estaban agotadas y nos hallábamos a punto de perecer de hambre. Con una vaga esperanza me dirigí entonces a la bodega para ver si encontraba algo para comer.

Lleno, después de bajar más escaleras que las que habían en la torre de Babel, llegó al fin a la bodega y con gran sorpresa mía vi en un montón de paja el cuello de una enorme botella que databa del año 1492 y que habían olvidado allí los monjes que entonces habitaban el castillo.

De repente se me ocurrió una idea sorprendente y agarrando la botella con ambas manos subí a saltos a la muralla del castillo, como si me hubiese vuelto repentinamente loco. Aquella idea mía fué verdaderamente genial.



El enemigo estaba ya casi encima de nosotros corriendo a todo correr y en vista de ello coloque la botella sobre la muralla y comencé a descollarla con una bayoneta.

Bueno, cuando el enemigo estaba a punto de invadir el castillo, el corcho salió como una bala de cañón y hirió al general enemigo en el rostro, matándole instantáneamente.

Muchachos, la fuerza del champán era tan grande, que todos los soldados que se aproximaban caían irremisiblemente en el suelo y se daban a la fuga como almas en pena.